
MARÍA EN EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS.

DISCURSO I.

Et peperit filium suum primogenitum.
Y parió á su hijo primogénito.
(Luc. II, 7.)

Un Dios hecho hombre por amor al hombre, ¡qué misterio, cristianos, qué impenetrable misterio! Un Dios existente por sí mismo, un Dios eterno, que en el tiempo comienza á existir con una naturaleza nueva y creada; un Dios de una grandeza y una majestad infinitas, que se une personalmente y de la manera más íntima á una carne de barro; un Dios, cuya inmensidad no tiene límites, y que se encierra en los estrechos de un cuerpo humano; un Dios infinitamente dichoso, que se sujeta á las miserias y debilidades de nuestra humanidad; un Dios, Soberano y Señor del universo, que toma la forma de un esclavo; un Dios infinitamente santo y con la santidad por esencia, que se reviste de una carne de pecado; un Dios reducido á tan profunda humillacion por amor al hombre, por hacerse semejante suyo, para obtener así más fácilmente su amor. ¡Ah! yo lo repito; ¡cuán grande y profundo es este misterio de la caridad infinita de nuestro Dios!

Pero, puesto que era menester humillarse hasta el punto de cubrirse con las formas de nuestra humanidad, ¿no podía al ménos ahorrarse las ignominias de la concepcion, de la infancia, formarse un cuerpo adulto, y aparecer en la tierra en el estado de hombre perfecto, como había aparecido en el jardin de delicias el padre del género humano? Sin duda que podía; pero no bastaba á su amor el hacerse semejante al hombre haciéndose hombre; para hacer esta semejanza más entera y completa, quiso tomar cuerpo humano en

las entrañas de una Virgen madre por medio de una verdadera concepcion, y salir á luz por la de un verdadero alumbramiento.

Aquí está pues, ¡oh prodigio! aquí está contenido en un cuerpo-cito, cuya formacion y organizacion no han alcanzado todavía el grado que es absolutamente necesario para vivir. Este cuerpo pequeño va creciendo y desarrollándose poco á poco, con el nutrimento que le comunican las entrañas maternas. Ahí está pues, encerrado, sepultado durante nueve meses en el seno maternal: pero ya espiran los nueve meses, y llegamos á la hora feliz en que va á aparecer el divino Niño. ¡Ah! ¡venid, Señor, venid! mostraos al mundo; venid á cautivar por medio de las gracias y amabilidades de vuestra infancia el corazon de estos mismos hombres, que habeis amado hasta el punto de ser su semejante, aún en el misterio mismo de vuestro nacimiento. Tal es, cristianos, el dulce y amable objeto, el santo y prodigioso espectáculo que vamos á meditar; digno, muy digno de vuestra atencion constante y más religiosa que nunca. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La Virgen purísima, la augusta y divina Madre se había, pues, refugiado en el establo de Belén: allí, sin duda, humildemente arrodillada, con la cabeza modestamente inclinada, con las manos piadosamente cruzadas sobre su pecho casto y puro, arrebatada fuera de sí misma por un éxtasis sublime, ó cuando ménos absorta su alma en Dios, aguardaba el momento venturoso en que podrían sus maternales ojos fijarse con júbilo en el tierno objeto de su amor, oculto aún en su castísimo seno. José estaba á su lado en una postura idéntica, y uniéndose á Ella con el pensamiento, sentía en el corazon los mismos afectos y los santos deseos de su esposa. Todo estaba en torno de la gruta sumido en profundo silencio, y la naturaleza parecia que estaba atenta y como en suspenso á la aproximacion del augusto y misterioso acontecimiento. La noche había ya recorrido la mitad de su carrera, y nunca tal vez, desde que fué separada del dia, nunca había estado tan tranquila; nunca las estrellas habían brillado con tanto resplandor; cuando llega, por fin, el momento solemne que deseaba ansiosamente la tierra cuatro mil años hacía, el momento feliz, en que el Invisible se mostró á los mortales en forma humana; el momento deseado, en que el Hijo de Dios, hecho hombre, abandonó la oscura prision que lo había guardado nueve meses. Él sale del immaculado seno de María, sin causar la menor lesion á su virginidad; por el contrario, Él realza su lustre, como el rayo de luz que al par-

tir de una estrella la dá más hermosura y esplendor. ¡Qué momento de felicidad para María, cuando abre su ojos inflamados por un santo deseo, y ve reclinado ante Ella el fruto divino de sus entrañas!

¡Ah! yo no sé; pero me imagino que, reprimiendo el trasporte de alegría y de amor que la impulsaba á cogerlo en sus brazos y estrecharlo contra su pecho, se ha prosternado ántes con las manos juntas y la cabeza inclinada ante el recién nacido para adorarlo profundamente, reconociendo en él á su Señor y Dios, y para darle también las gracias por haberse dignado escogerla para Madre suya por un exceso de amor; á Ella, su pobre y humilde esclava. Después de haber dado rienda suelta á los sentimientos inefables de respeto, de adoración y de reconocimiento que llenan su corazón, se abandona á los dulces trasportes de su ternura maternal.

A esta expansión de ternura y gozo maternales suceden los cuidados y los deberes que le impone el dulce título de madre; Ella no ha olvidado el llevar consigo pañales, cuyo poco valor compensa una limpieza exquisita. María los coge, los despliega, envuelve con ellos el cuerpo tierno y delicado del divino Jesús; y del mejor modo que le permite este estado de pobreza y de miseria, lo pone al abrigo de las injurias de la noche, de la estación y del aire que se dejaban sentir ¡ay! demasiado vivamente en aquella gruta entreabierta. Después ¡oh Cielo! no teniendo otro lecho ni otra cuna, se la ve triste y resignada acostar suavemente á su Jesús en el pesebre, sobre el heno y la paja que allí había, entre los dos animales que le dan calor con su aliento. Camas régias, cunas de oro y de marfil, que brillan con las piedras preciosas que las guarnecen, ¡oh! ¡cuán desapreciables pareceis comparadas á ese pesebre, á esa paja, á ese heno, que tiene el insigne privilegio de recoger los miembros delicados del Rey de los siglos, y de servir para el descanso de un Dios; pero, ántes de colocarlo en esta humilde cuna, es muy probable que María lo trasladó de sus manos á las de su esposo. ¡Con qué respeto, con qué afectuosa emoción, con qué santo trasporte debió recibir José al niño Dios, y acercarlo á su pecho! Indudablemente se quedó inmóvil y como en éxtasis contemplando sus divinas facciones; indudablemente las cubrió de besos respetuosos, las mojó con dulces lágrimas.

Pero ¿qué ocurre en este momento? ¿Dónde están los mensajeros destinados á difundir en la comarca la fausta nueva? ¿Dónde están los adoradores que van á rendir homenaje al Rey de Israel que acaba de nacer, al Rey de los reyes, al Señor del universo? ¿Quién será el primer mortal que tenga noticia de su nacimiento? ¿Quién logrará este

insigne honor ántes que los demás? A una milla próximamente de Belén, se levantaba la torre llamada del Ader, es decir, del Rebaño, al pié de la cual se extendía una espaciosa llanura que ofrecía en todas las estaciones abundantes pastos. Allí cuidaban de sus rebaños algunos pastores que velaban alternativamente por la noche, y que envueltos quizá en pieles de ovejas, ó cobijados bajo el techo de alguna cabaña, tenían el ojo alerta para impedir que los animales dormidos fuesen sorprendidos por algun lobo hambriento ó algun diestro ladrón. Todo inclina á creer que durante aquella noche, ó por lo ménos en aquella hora venturosa, los pastores que se hallaban de guardia, eran los más sencillos, los más cándidos, los más virtuosos, los más dignos, en fin, entre todos los demás de las bendiciones del Cielo.

Ahora bien; miéntras se entretenían ellos en santas pláticas, de repente una luz viva brilla á sus ojos, y un ángel de Dios aparece sobre su cabeza bajo humana sombra y gracioso aspecto. Los pastores permanecen un instante inmóviles por la sorpresa, embargados en santo temor á la vista de esta maravillosa claridad, y más aún á la del personaje celestial; pero, para disipar su sorpresa y terror, el enviado de Dios les dirige estas palabras llenas de dulzura: «No temáis, almas queridas de Dios; yo os anuncio una nueva que será para vosotros y para todo el pueblo motivo de mucho regocijo; que hoy, que en esta misma noche, el Salvador tan deseado acaba de nacer en la ciudad de David. Vosotros sois llamados á verle los primeros, á reconocerlo y adorarlo; y este es el signo que os preservará de error: en la gruta de Belén, que os es tan conocida, encontrareis un niño envuelto en pañales y reclinado en el pesebre.»

La voz se calló, y en un abrir y cerrar de ojos viene á unirse con el ángel mensajero un coro numeroso de espíritus celestiales, que juntando su voz á la dulce armonía de sus arpas y sus liras, entona al Señor y canta repetidas veces este hermoso cántico de alabanzas: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Estos buenos pastores estaban tan maravillados, tan fuera de sí mismos, que no sabían si se hallaban en la tierra ó en el Cielo. Pero el canto cesó, y la visión celeste y la claridad deslumbradora desaparecieron en el mismo instante. Volviendo entónces en sí mismos, los pastores se miraban unos á otros llenos de admiración y alegría, y se decían entre sí: «¡Oh! ¿qué es lo que hemos visto? ¿Qué hemos oído? ¡Oh feliz nueva! ¡Oh, dichosos nosotros mismos! ¡Cómo! ¿Es verdad que nos han hablado los ángeles?... ¿Somos nosotros los invitados en primer lugar por los ángeles para contem-

plar al Niño divino? ¡Ah! ¿por qué nos detenemos, por qué no corremos, por qué no volamos á Belén para ver la maravilla que el Señor nos ha anunciado?»

Y hé aquí que parten en seguida, abandonando sus rebaños, acelerando su marcha, y llegan ya á la gruta venturosa en el momento en que la aurora esparce sus primeros resplandores, dorando el horizonte con una luz más pura y más serena que nunca. El deseo ardiente de contemplar al Niño que los atraía junto á su cuna, no les permite reflexionar en la pobreza del lugar en que se había dignado nacer y venir al mundo Aquel que venia á reinar sobre él. Humildes, respetuosos, con el corazón agitado por la impaciencia de su deseo, entran en el establo, suavemente, sin ruido, conteniendo la respiración, se acercan al pesebre, y ven primero á María y á José: á María, á quien reconocen al punto como Madre del Niño; á José, en quien descubren el guardador del Dios que acaba de nacer.

Acogidos bondadosamente, é invitados con amabilidad á aproximarse al divino Niño, lo encuentran, segun las palabras del enviado celestial, envuelto en pañales y reclinado en el pesebre. ¡Oh! en aquel instante se arrodillan, y llenos de vida, adoran en aquel precioso Niño á su Rey, á su único soberano Señor. Imagínese aquí cada uno, porque yo no podría explicarlo convenientemente, cual fué el lenguaje secreto que el Niño Dios dirigió al corazón de los pastores, y el que hablaron los pastores con Él, el que salió de su corazón y de su boca, el que se exhaló en llamas de amor que despedía su pecho, en dulces lágrimas que corrían de sus ojos, y quizá en afectuosos besos, si acaso les fué permitido el tenerlo en sus brazos y el estrecharlo contra su pecho. ¡Oh almas felices queridas del divino Niño por vuestra humildad y candor! ¡Quién podría decir la abundancia de dones que recibisteis en aquel lugar afortunado, y cuan ricos partierais al salir de allí de gracias, inflamados y encendidos en amor divino.

Pero aquí, amados oyentes, vuestra imaginación os recuerda como indispensablemente, el espectáculo encantador que teneis costumbre de contemplar todos los años el día de la Natividad, en los pesebres artificiales que la piedad se complace en exponer en las iglesias y en el interior de las casas. Acostumbrados estais á ver en ellos una multitud de piadosos pastores que acuden de todas partes á la venturosa gruta. Los unos aparecen en la cima de una montaña escarpada, los otros en la vertiente de un gracioso collado; esotros caminan por la márgen de un alegre riachuelo, ó atraviesan alegres y verdosas

praderas. A veces se descubren habitaciones rústicas, pero limpias y agradables, ó bien chozas mal construidas y resquebrajadas, de donde se ven salir y ponerse en camino, vestidos de diferentes maneras, hombres, mujeres, jóvenes robustos y modestas campesinas; ancianos encorvados que andan con paso vacilante apoyados en su cayado, y ágiles muchachos, que parece que se agitan sin cesar y que soportan con pena la mano maternal que los conduce. Entre esta multitud, uno lleva en los brazos y otro en los hombros un hermoso corderillo; esotro tira de una oveja blanca como la nieve; este lleva en la cabeza una vasija de leche cuajada ó de manteca fresca; aquel ostenta en un cestillo frutas regaladas; algunos, en fin, llevan en las manos ramilletes de flores.

En esta clase de representaciones habeis visto, por lo comun, algunos pastores á la entrada del establo, no atreviéndose á penetrar en él, retenidos por un sentimiento de temor religioso, alargando la cabeza para ver el interior de la gruta; algunos están ya dentro y se prosternan tocando la tierra con su frente; otros, en fin, han llegado á los piés de la Virgen Madre, que teniendo sobre sus rodillas al divino Niño, lo presenta á sus ojos enternecidos y húmedos con lágrimas de alegría, les permite que lo adoren, que lo bendigan, que lo acaricien, y acepta en nombre de su Hijo y con muestras de la más amable gratitud los presentes, que hace mayores la generosidad de sus corazones. Pero ¡cómo! ¿Todo esto no sería más que una pura ficción, un capricho piadoso de nuestra mente? ¿En todo esto no habría nada de cierto? Apresurémonos, hermanos míos, á esclarecer esta duda, á resolver esta cuestión.

Es verdad que el Evangelio no nos habla más que de los primeros pastores, que advertidos ó invitados por el ángel, corrieron á Belén á comprobar la verdad de las palabras celestiales; pero se dice, que habiendo partido de allí y regresado á sus montañas, glorificaban y alababan á Dios por tan precioso beneficio; que publicaron la feliz nueva por toda la comarca; que excitaron en cuantos los oyeron una profunda admiración; y es muy natural creer, que no se cansaban de repetir y contar en todas partes todo lo que habian visto bello, amable y sorprendente. Ahora bien; los que oyeron referir tan grandes y prodigiosos sucesos ¿no debieron sentir un ardiente deseo de participar de la misma dicha? ¿No sintieron como un aguijón que les impelia á correr, á volar á la humilde y santa morada, para gozar del maravilloso espectáculo, para conocer al Niño Dios, al Salvador recién nacido, y para presentarle como signo de adhesión, de amor y de agra-

decimiento lo mejor que podía ofrecerles la pobreza á que se hallaban reducidos? Vosotros, carísimos hermanos, si hubierais oído tales maravillas de la boca misma de aquellos buenos pastores, ¿hubierais podido prescindir de correr á Belén? ¡Ah! para ser indiferentes en tal caso, hubiera sido preciso tener un corazón de hielo, un corazón desprovisto de todo amor de Dios, de todo sentimiento de fé, y casi diría un alma absolutamente privada de sentido y de razón. Algo, pues, digno de respeto hay, que recuerda la verdad de los hechos en esa especie de representaciones artificiales, que os ofrecen á la vista el concurso, la diligencia con que aquellos buenos pastores tributaron sus homenajes al Niño Dios. Y ahora que nosotros lo hemos visitado y adorado en espíritu, fijemos en Él un instante más nuestras miradas, para recoger una gran lección de moral cristiana.

Un Dios, que solo por salvarnos aparece en el mundo en medio de una miseria tan profunda, y se reduce á su nacimiento á tal extremidad, ¡qué prueba sublime, cristianos, de la soberana importancia de nuestra eterna salvación! ¡Justo es, pues, que para conseguirla pongamos en ejercicio todos nuestros medios, toda nuestra solicitud, el trabajo incesante de todos los días! ¡Miraremos como cosa difícil é incómoda la práctica de la humildad, de la pobreza, de la mortificación, después que un Dios ha querido nacer en tan profunda abyección, en desnudez tan absoluta? Id á la cuna de un Dios tan humillado, vosotros, magnates de la tierra; en presencia de tan elocuente ejemplo, ¿vacilareis en concebir sentimientos más humildes, en despojaros de vuestra ambición, en menospreciar la pompa y el fausto de las grandezas de la tierra? Id, vosotros también, ricos del mundo, á la cuna de un Dios tan pobre: en presencia de tal abnegación ¿vacilareis en desprender vuestro corazón de los bienes terrenales, en reprimir la insaciable codicia, en usar cristianamente de las riquezas que Dios os ha dispensado? Corred vosotras también, almas sensuales, á la cuna de un Dios tan mortificado; á su vista ¿vacilareis en domar vuestros rebeldes apetitos, en vigilar con más cuidado vuestros sentidos, en reducir vuestra carne al yugo y á la esclavitud blanda de la ley divina? ¡Ah! el orgullo, la codicia, la sensualidad, ¿podrían resistir el espectáculo de ejemplo tan sublime? Pero vosotros, los que vivís en la oscuridad y en la aflicción, venid también á la cuna del Niño Dios, y á la vista del ejemplo que os dá, aprended á sobrellevar con paciencia las penas de vuestra condición y aún á considerarla como útil y honrosa.

¿Podreis quejaros de vuestra humilde posición, y dejaros abatir

por la oscuridad y el desprecio que os rodean, cuando contempleis á un Dios, que por amor vuestro se ha dignado de nacer en tan profunda humillación? Vosotros, pobres de la tierra, ¿podreis quejaros de vuestra desnudez, avergonzaros de vuestras miserables viviendas y de los harapos que os cubren, cuando veais á un Dios, que por amor vuestro soporta y honra con su ejemplo la pobreza? Vosotros, afligidos, ¿podreis quejaros de vuestras desgracias? ¿Os aparecerán amargas vuestras aflicciones, cuando tengais ante vuestros ojos á un Dios, que por amor vuestro comienza su vida en la miseria y el sufrimiento? Y después de esto, ¿habría alguno á quien se le presentara el camino de la salvación demasiado áspero, árduo y difícil? Un Dios infinitamente dichoso en sí mismo, quiere, sin que en ello tenga interés, únicamente por amor nuestro, entrar desde su nacimiento por la senda de la salvación; Él nos precede en ella, y nos invita á seguir sus huellas; y nosotros, que estamos en ello tan interesados, ¡juzgaremos penoso el imitar el ejemplo y el seguir las huellas que nos ha dejado nuestro divino Salvador! ¡Ah! cúbrase de rubor nuestra frente, hermanos míos, y á los pies de Jesucristo pidamos y procuremos concebir sentimientos más cristianos y más dignos de nuestra santa vocación.

¡Virgen adorable! nosotros hemos venido á recoger flores para ofrecéros las; la flor que hoy os presentamos es la firme resolución de aprovecharnos de las enseñanzas que nos disteis y que nos dió vuestro Hijo y nuestro Redentor en el Portal de Belén. Dadnos, Señora, la gracia que necesitamos para ponerla en práctica; hacednos verdaderos imitadores vuestros, para que podamos ser con Vos eternamente dichosos.